



REVISTA DE LOS CAZADORES.



APUNTES SOBRE ARMAS ESPECIALES DE CAZA.

(Continuación.)

Las balas (y sobre todo las de expansion), se deben hacer del plomo más puro y blando que se pueda encontrar, para que cediendo mejor á la presión de las estrías, tomen más suavemente su impresión, llenen mejor los huecos, y aprovechen mejor el impulso de los gases impelentes. En las armas que se cargan por la boca, se debe poner un parche de lienzo fino bien engrasado, encima de la boca del cañón, después de echarle la pólvora; poner encima la bala, y con un mazo pequeño de madera (y mejor con un atacador que tenga la punta perfectamente amoldada á su forma, lo que se hace con la misma fresa con que se hizo el molde), se la obliga á entrar en el cañón, imprimiéndole en el acto las rayas; y con la baqueta, que debe ser gruesa, casi del calibre del arma, y con el casquillo adaptado á la bala con su misma fresa, se le hace bajar hasta llegar á la pólvora, teniendo cuidado de hacerlo por presión y con los menos golpes posibles, para no abollar la bala. Para conseguir esto, se pone la culata en el suelo, entre los pies, con el cañón há-

cia el cazador, que lo sujetará entre las rodillas, y poniendo la baqueta dentro del cañón, apoyada sobre la bala, la cogerá á una tercia de altura con las dos manos juntas, una encima de otra, con las uñas adentro (hacia la cara del tirador), y con el peso suyo le hace bajar hasta llegar las manos á la boca del cañón; volverá á coger á igual distancia y en igual forma la baqueta, hasta que llegue la bala á la pólvora, lo que conocerá por llegar á la boca una raya, que en forma de anillo y á la altura conveniente, habrá hecho en la baqueta. Entonces con una sola mano dará un golpe de baqueta (soltándola) sobre la bala; y si bota la baqueta, es prueba de que ha llegado á su sitio, y no se debe golpear más; en caso contrario se repite el golpe hasta que rebote la baqueta, pues más vale desfigurar un poco la bala, que exponerse á que reviente el cañón al tiro, y después se pone el piston.

En el sistema Lefauchaux no existe este inconveniente, y es mucho más pronta la carga y la limpieza del arma, habiendo además la ventaja de que hay la seguridad de no abollarse nunca la bala, por lo que su vuelo debe ser más perfecto; pero es pre-

ciso en contra una minuciosa exactitud en la recámara, y en la longitud y grueso de los cartuchos; por lo que los rifles de este sistema tienen que hacerse por armeros muy inteligentes y de conciencia, que se esmeren mucho en todos los detalles, y para ser de confianza, tienen por fuerza que ser de un coste considerable.

Sabida ya la carga conveniente del arma, se pone á 100 varas medidas desde los pies del tirador, un blanco de tabla ó cartón clavado en un poste, que tenga pintado en el centro un círculo negro de cuatro pulgadas de diámetro, siendo todo lo demás blanco, para que resalte más, y se apuntará con cuidado al centro, apoyando en firme el cañon para que no varíe; se verá si la bala dá en el centro, viéndose el punto en la pequeña muesca del medio del alza más baja, en cuyo caso está bien si repitiendo la prueba tres ó cuatro veces con la misma carga dá el mismo resultado. Si va la bala alta como suele suceder, porque los fabricantes dejen las alzas más bien altas que bajas por ser más fácil limarlas que añadirles, con una sierra fina ó una lima delgada se le rebaja (siguiendo la raya que ya indiqué debe tener en el centro) hasta que el tiro dé en el sitio que debe. Se repite con las otras alzas á las demás distancias la misma operación, y queda el arma útil. Por supuesto para estas pruebas, que exigen bastantes disparos, se cuidará de pasar por el interior del cañon un lavador con estopa engrasada después de cada uno, para que no se ensucie y varíe el tiro.

En las armas que se cargan por delante, el parche de lienzo engrasado facilita y suaviza mucho la carga, y al mismo tiempo limpia el cañon. En las armas que se cargan por detrás, se debe suplir, en mi opinión, con un taco de fieltro *blando engrasado*, sobre el culote que *siempre* debe ponerse sobre la pólvora, siendo la bala esférica, y si la bala es de expansión, se suprimirá el culote y el taco, colocando la bala con el hueco sobre la pólvora sin ningún cuerpo intermedio, y cuidando que el cartucho llene bien toda la longitud de la recámara ó rebajo. Ni una ni otra clase de cartucho deberá rebordearse, sujetándose la bala por medio de un taco *agugereado*, pegado con un poco de goma para sujetarla é impedir que se mueva y evitar

así que quede aire encerrado por encima del proyectil.

Cuanto más largo es el cañon del rifle, y por consiguiente mayor la distancia de los dos puntos de puntería, más exacta es esta; por lo que se debe procurar que por lo menos tengan los de un solo tiro de cuatro á cinco palmos, y los de dos cañones que no bajen nunca de 3 $\frac{1}{2}$ á 4 palmos: estas dimensiones no son embarazosas ni harán el arma demasiado pesada, pues variarán según el calibre, entre siete y ocho libras; y como el rifle se lleva con el portafusil, al hombro ó á la espalda casi siempre, porque en razón á su alcance hay siempre tiempo de sobra para prepararse y tirar al ver la caza, no produce el cansancio que se cree. Tan cierto es esto que yo, que nada tengo de Sanson, he llevado, lo mismo en montaña que en llano, durante días enteros, rifles de doce libras de peso, sin por eso fatigarme.

El mejor equipo para rifle es un cinturón fuerte de cuero; al lado izquierdo un machete-revolver de 12 milímetros de calibre, con su cartuchera de repuesto, donde no puedan sonar los cartuchos, pues el menor ruido en una espera, ó cuando se trata de sorprender una res, puede alarmarla y desgraciar el lance; al lado derecho una bolsa (como las de viaje) con divisiones para un frasco de pólvora, parches, balas, pistones, mazo ó atacador, y los útiles de limpieza, que todos deben avenirse á la baqueta, porque esta ha de servir de lavador en el campo. Si el arma es Lefauchaux, basta con los útiles de limpieza, una baqueta-lavador de las que se doblan, ó una bolsita con lavador de cuerda y frasquito de aceite, una caja de agujas cebadas, gancho y cartuchos de bala; y de postas, y de plomos de 4.^a, si tiene un cañon liso. Los cartuchos deben ir en el cinto, pero á la parte de los riñones, porque en esta clase de caza, y sobre todo en la de montaña, muchas veces hay que trepar breñas, arrastrarse por el suelo, ó encaramarse á los árboles, en cuyos casos la cartuchera (que dicho sea de paso, debe ser cerrada para que en los casos indicados no se pierdan los cartuchos), estorbaría mucho estando delante.

Es preciso que todos los movimientos del cuerpo queden libres, y que todos los utensilios y correa sean de color y material,

que ni brille, ni llame la atencion, ni haga ruido al rozar con las ramillas y hojarascas, por lo que las guarniciones, contera, etc. del cuchillo deben estar empavonadas de mate, y el cuero del cinto, bolsa, etc., serán de piel de gamo curtida, y de color de aceituna ó avellana, sin lustre, y que no esté tiesa. Del cuchillo y de la bolsa pueden partir á modo de tirantes (de goma ó de estambre), que por encima de los hombros, cruzándose en la espalda, *pero nunca sobre el pecho*, ayuden á sostener el peso para que no lastime las caderas. Excusado es indicar que para esta caza solo debe usarse trage *ceñido* de *destezado* en verano y de paño pardo y mejor gris oscuro en invierno, sin falzones ni cosa que pueda engancharse y estorbar; el calzado en todo tiempo, bota alta *flexible* que pase de la rodilla, con suela de alpargate además de la comun, pues hace ménos ruido y se agarra mejor á los riscos en los sitios peligrosos, cosa que se debe tambien tener en cuenta en la caza de montaña, donde á veces he tenido que descalzarme, salvando acaso la vida á costa de algunas desolladuras en los piés. Esto es cuanto puedo decir por ahora sobre el rifle y su uso, pues, en cuanto á la práctica, solo puede adquirirse tirando, y cada uno tiene que aprender á fuerza de ejercitarse.

Muchos usan cuchillo-bayoneta que fijan de varios modos en la punta del cañon; pero de ningun modo se debe hacer, porque prescindiendo de que un golpe violento que no sea dado en linea recta, puede torcer el arma haciéndole perder sus buenas cualidades para el tiro, nunca es tan certero ni tan rápido como el que se dá cuchillo en mano. La superioridad de la espada sobre la lanza, en manos de un hombre sereno, prueba este hecho.

Despues trataremos de las varias armas para la caza de agua.

M.

EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

(Continuacion.)

Este es el espectáculo que he presenciado, y me conmovió de tal modo, que renuncié á mi proyecto, dejando á la madre y á

sus hijos entregados al cuidado de un ser que mejor que yo los criaria, al cuidado de la Providencia, de nuestro Criador comun. Vi á todos salir del cascarron, y pocos momentos despues ir, venir, agitarse y repelerse mutuamente para atender á sus necesidades con un admirable y maravilloso instinto.

Antes de abandonar el nido, juntamente con su pollada, sacúdense la madre de una manera violenta; limpia y arregla las plumas más implantadas á lo largo de su vientre, y adquiere un aspecto de todo punto distinto. Vuelve los ojos en todos sentidos; alarga su cuello para cerciorarse de que no hay halcon ni enemigo de cualquiera especie que sea, capaz de infundirle temor; atrévase á dar algunos pasos, y mientras camina, abre un poco sus alas; además cloquea suavemente para atraer á su inocente familia y preservarla de todo peligro.

Los pequeñuelos andan lentamente, y como por lo regular rompen el cascarron al concluirse el día, es lo más comun que vuelvan al nido para pasar en él la primera noche; retiranse en seguida á cierta distancia, manteniéndose siempre sobre las partes elevadas de las ondulaciones del terreno.

La madre teme á la lluvia por amor á sus hijos, puesto que nada es más peligroso para ellos en una edad tan tierna, y cuando apenas están cubiertos más que de un ligero bello. En las estaciones muy lluviosas, los pavos son poco comunes, porque como los pequeñuelos se mojan fuertemente, lo más general es que sucumban. Para prevenir los desastrosos efectos de una atmósfera pluviosa, con una solicitud y una prevision digna de admirar, arranca la madre las yemas de las plantas aromáticas para que las coman sus hijuelos.

Al cabo de una quincena, los jóvenes seres, que hasta entonces no habian podido levantarse sobre la superficie de la tierra, remontan ya su vuelo, y al llegar la noche se dirigen á alguna rama grande y poco elevada, *situándose bajo las alas de su madre*, y al efecto se dividen en dos porciones casi iguales. Más tarde abandonan el interior de los bosques durante el día, y se acercan á los confines de él para buscar fresas y en seguida moras y langostas, hallando

asi un abundante alimento y á la par la benigna influencia de los rayos del sol. Se arrastran en los hormigueros abandonados para desembarazar á sus plumas nacientes de las pequeñas escamas que en ellas existen, y al mismo tiempo para sacudir las garrapatas y otras especies de animales parásitos que no pueden resistir el olor de la tierra impregnada de ácido fórmico, que ha servido de mansion á las hormigas.

No obstante, los pavos jóvenes se desarrollan rápidamente, y ya en el mes de Agosto se hallan en disposicion de preservarse contra los ataques imprevistos de los lobos, los zorros, los linces y hasta de los cuguardos. Lo consiguen alzándose rápidamente de tierra con ayuda de sus piernas vigorosas, y refugiándose sobre las ramas elevadas de los arbustos. En esta época es cuando en los machos jóvenes comienzan á juntar el copo del pecho; cuando principian á colear y á pavonearse, y cuando las jóvenes hembras roncan y saltan del modo que hemos manifestado.

En esta época tambien es cuando los machos viejos se reunen, siendo probable que toda la raza abandone por entonces los distritos de la extremidad Nordeste para retirarse hácia los rios Wabash, Negro y de los Illineses, no ménos que á la inmediacion del lago Erié.

Entre los numerosos enemigos del pavo silvestre, los más formidables despues del hombre, son el linco canadiano, el mochuelo blanco y el mochuelo de Virginia. El linco sorbe los huevos y se apodera con mucha astucia y agilidad de los individuos, bien sean jóvenes ó viejos, y lo consigue de la manera siguiente: Cuando ha descubierto una bandada de pavos, sigue su huella á cierta distancia para cerciorarse de la direccion que han tomado; desviándose en seguida con rapidez y tomando delantera á la bandada se pone de acecho, y cuando ya las aves se aproximan, lánzase de súbito sobre una de ellas y la aprisiona.

Un dia que descansaba yo á la sombra de unos árboles á orillas del rio Wabash, observé dos gallos de India bastante grandes, que posados sobre un tronco de árbol sumergido en las aguas se entregaban á un combate violento. Pocos instantes había que me ocupaba de estudiar sus movimientos,

cuando de súbito uno de ellos remontó su vuelo hácia el otro lado del rio, y observé que el otro oponia desesperada aunque débil lucha contra las garras de un linco.

Cuando se ven atacados por las dos grandes especies de mochuelos de que me he ocupado, consiguen muchas veces eludir sus asechanzas por un procedimiento harto notable. Como los pavos acostumbran á posarse en bandadas sobre las ramas de los árboles desprovistos de follage, fácilmente son descubiertos por sus enemigos los mochuelos, que se aproximan silenciosamente para sorprenderlos. Raro es, sin embargo, que consigan no ser vistos, y entonces basta un cloqueo exhalado por uno de los pavos para que toda la bandada advierta la inmediacion de un enemigo. En el instante mismo se enderezan sobre sus piernas y acechan los movimientos del ave de rapiña, que despues de elegir su víctima, se precipita sobre ella con la rapidez del rayo, y sin duda conseguiria arrebatlarla, si en el mismo instante el pavo no bajase la cola con rapidez desplegándola con energia: de este modo el agresor encuentra un plano inclinado, á lo largo del cual se desliza sin asir al pavo, que en el instante despues del choque se deja caer en tierra, evadiéndose de este modo del peligro, sin otra pérdida que la de algunas plumas.

Aunque el pavo no elija una especie exclusiva de alimento, se cree que prefiere á cualquier otro el *pecannut* y el *wintergrape*; y donde quiera que tales frutos abundan, tambien estas aves se encuentran en mayor número. Comen plantas de diversas especies, trigo y toda clase de frutos. En el estómago de algunas de estas aves he encontrado escarabajos, sapos pequeños y lagartos de corta dimension.

Los pavos son en la actualidad extremadamente montaraces, y cuando descubren á un hombre un movimiento instintivo les induce á alejarse de él.

(Continuará.)

DEL JABALÍ Y MODO DE CAZARLO.

El jabalí es igual en su configuracion al cerdo doméstico. El hocico es más largo. La cabeza es mayor: es más caido de atrás y más cenceño; poblado de cerda larga y erizada, particularmente entre las dos ojerazas

LA CAZA.



Tomo 2.º

JAVALI DE ÁFRICA.

Lit. de S. Gonzalez S.^a Clara, 8 Madrid

JAVALI COMUN.



y el lomo. De pequeños son pardos con listas negras, que conservan hasta los seis meses; aunque su vista es buena, no tiene gran alcance por su configuración, que hace llevarla baja; así es que tienen más seguridad en su oído y olfato: carecen de movimiento en el pescuezo, por cuya razón vuelven todo el cuerpo cuando tienen necesidad de girar.

Los jabalíes son animales de los más bravos y valientes; su ferocidad es extraordinaria cuando se ven acometidos, y nada les acobarda para su defensa: la naturaleza los dotó con dos colmillos en la mandíbula inferior (que los cazadores llaman navajas) y dos dientes grandes, gruesos y redondos, que tienen en la mandíbula superior, y se titulan remolones: los colmillos ó navajas los afilan en el remolon, poniéndolos como vaciados; para hacer uso de ellos contra los cazadores ó perros, sacan la quijada inferior, dando el golpe seguro y mortal las más veces.

Las hembras no tienen colmillos, pero luchan cuanto es posible y con furor cuando es para defender sus hijos. También los machos los defienden, y es tal su fuerza y bravura, que no se atreven los lobos con ellos. Para formar una idea de la fuerza y ferocidad de estos animales, bastará decir que de una recoba de catorce ó diez y seis perros alanos y lebreles que acometen á uno, suelen morir una cuarta parte y salir heridos de más ó menos gravedad otra cuarta parte; si el jabalí es de medio año en adelante acontece partir un perro por el espino como pudiera hacerlo el más diestro carnívero, y con mucha frecuencia los degüellan ó abren por el vientre, por lo cual encargo mucho á mis compañeros de afición á este arte encantador, que tengan gran precaución para acercarse á la bestia aun después de prendida por los perros, pues puede correrse la presa ó no ser todo lo firme conveniente, y si se llega á soltar de solo un lado es segura la muerte de los perros que están al otro, y la acometida de la fiera al cazador si en su huida lo encuentra de frente.

Su comida son granos, frutas, bellotas, criadillas de tierra y ciertas raíces: son carnívoros, pues no solo buscan y sacan las gazaperas, sino que acuden donde se encuentre una caballería muerta: su carne es más magra y sabrosa que la del cerdo.

La mejor ocasión de cazarlos, por estar más gordos, es en Noviembre, Diciembre y Enero, tanto por la bellota cuanto por el frío, pues son animales muy fogosos, y apetecen este, en cuya época se bañan diariamente, donde se cazan como diremos en su correspondiente lugar.

A los tres años pueden procrear, y en lo general lo verifican en los meses de Enero y Febrero; la preñez dura unos cuatro me-

ses, y paren siete ó nueve hijuelos por Mayo ó Junio; dan de mamar á estos de tres á cuatro meses, y andan reunidos en manadas sin abandonarlos hasta que tienen tres años, por cuya causa suele componerse de dos ó tres crías cada una de aquellas.

El jabalí permanece encamado todo el día en lo más espeso de los montes, prefiriendo siempre los arroyos, zarzales y sitios oscuros y pantanosos; de noche sale del encamo para buscar la comida, beber y bañarse, volviendo al encamo al amanecer. Como no tiene la vista tan perspicaz como otros animales, no sale de día á las tierras rasas, y también por su pesadez para la huida, á pesar de que se sabe abrir paso por el monte más cerrado.

Muchos modos hay de cazar los jabalíes; pero los más usuales son: á espera, en ojeo, con perros, á la serena y en mano.

La espera puede hacerse de varios modos: al baño, á la comida, ó á la salida ó entrada del encamo, debiendo cuidarse de tener el aire á la cara y reconocer la huella que dejó marcada, procurando ocultarse cuanto le sea posible.

Para hacer la espera al baño, se reconoce el terreno para ver la huella y saber fijamente por donde entran; después formar el puesto que sea cómodo y con el viento á la cara; que la luna esté en toda su luz, y de este modo esperar la entrada, teniendo presente que después de comer marchan á beber y bañarse: traen mucho ruido, pero mucho más cuando entran en el agua, pues aumentan el gruñido: el cazador debe tirar antes que entren en el agua. Si á pesar de la luz de la luna no ve el punto de la escopeta, se pone un pedacito de papel blanco como el diámetro de un realito pegado al punto de la escopeta.

Para la espera á la comida se reconoce de día las encinas que están tomadas de ellos y que muestran señales de estar ozadas todo al rededor del tronco, cuidando de varar la bellota; se hace el puesto bien cubierto y con el viento á favor, teniendo sumo cuidado si se cambia el viento ó si puede haber revoco, y cuidando como mejor y más seguro hacer el puesto sobre una encina próxima.

La espera á la comida es reconocer el sembrado ó viña para cerciorarse por la huella de su entrada y salida. Averiguado esto, se hace el puesto según lo permita el terreno, y si las matas fuesen pequeñas, se hace un hoyo donde pueda el cazador meterse hasta el pecho, cubriendo lo demás con matas, sarmientos ó con la misma siembra, pero nunca colocándolo al revés.

No campeando el jabalí de día, y si de noche, por las razones dichas y porque vé mucho más, las esperas se hacen de noche y con luna clara, no olvidando que se recela de la sombra que hacen las matas, bus-

cando las tierras claras, así como de día huye de ellas.

También se tendrá presente que si se presenta un jabali solo y se mata, debe continuarse la espera, pues vendrá la manada, y el cazador aprovechará otro tiro; pero después de tirar á esta no debe aguardar, ni tampoco si al tirar al que venia solo no le dió.

El jabali es animal de mucho instinto, y pone en juego cuantos medios le sugiere este para su conservacion: uno de ellos es mandar uno antes de que marche la manada para buscarse la comida; y si hay peligro, vuelve á buscarla tomando otra direccion; por eso el explorador marcha con gran precaucion parándose de tiempo en tiempo para escuchar y ventear. También los viejos llevan un jabali joven (que los cazadores llaman el escudero), y cuando hay peligro abandonan al escudero para desorientar los perros y libertarse ellos, por lo cual debe el cazador tener muy presente que si dan los perros con un jabali joven, no estará muy lejos el viejo, pues acontece con frecuencia que el viejo hace salir al joven de la espesura donde se encuentran, y en el interin que se sigue á este, huye el otro, burlando á los cazadores de poca experiencia.

El ojeo para estos es igual que para las reses de pelo, con solo la diferencia de que los tiradores deben colocarse en las mayores espesuras, siempre fuera de vereda. Cuando el jabali huye del ojeo lo verifica por las espesuras, arroyadas ó á media ladera, pero nunca por los claros. Es una vulgaridad lo que se dice que se vuelve al tiro; lo que si hacen es atropellar cuanto encuentran á su paso, si van heridos ó perseguidos de los perros. Esta es la causa por que ningun tirador debe colocarse en las veredas.

Se cazan á caballo con reala, modo muy descansado y divertido siempre que el terreno lo permita. Cuando algun perro señala al jabali, acuden todos y los cazadores: estos examinan si pueden tirarlo dentro de la mata, teniendo gran precaucion, al acercarse, de que no lo verifiquen por la salida del cochino, y de contener los perros para que no entren dentro de la mata ó zarza donde serian muertos; pero si deben situarse á una distancia proporcionada para tirarlo á la salida con las precauciones necesarias, tanto para no ser acometidos de él, como para no dañarse con los tiros, pues en semejantes lances es necesaria la mayor calma y sangre fria, y no atropellarse por querer tirarle todos por la vanidad de decir «lo maté yo.» Uno ó dos se acercan á la mata; si no rompe el jabali se le obliga á hacerlo, tirándolo, si no se le ve, al ruido ó al tanteo.

Como lo más probable es que el jabali no espere, los perros le siguen; bien porque le

vean ó por el rastro reciente que va dejando, hasta que dan con él y lo paran y sujetan; pero para ahorrar perros, si se puede debe tirarse, siempre que no pueda dañarse ni cazador ni perro. Después de muerto lo primero que debe hacerse es castrarlo.

La cacería á la serena es igual á la referida, con la sola diferencia de verificarse de noche, por lo cual ofrece poca diversion, además de ser expuesta á dar una caída.

También se cazan en mano, como la caza menor; pero es preciso que los perros estén acostumbrados á esta caza, llevando la mano con gran silencio y por los parajes más cerrados del monte, arroyos y pantanos, siendo muy oportuno que el criado que lleva la caballería, para si se mata alguno, marche un poco delantero y por la mayor altura, para que pueda avisar si algun jabali salió del encamo porque sintió ruido ó dió viento marchando al rehurto.

Es regla general que el jabali se encama con viento á la espalda ó *rabo á viento*, como dicen los cazadores, y para salir del encamo lo verifica al revés, *pico á viento*: por eso se observa en todas las camas los dos huecos ó agujeros; y reparando en la huella que dejó, se ve la entrada y salida. Estas cosas, que parecen insignificantes, son muy necesarias para evitar malos ratos y pérdida de tiempo.

Cuando se vé ó señala perro dentro de alguna mata, bien tenga el encamo ó sea guarida, debe ponerse un tirador al contrario de como entró el jabali, con gran silencio, pues es seguro que al ruido de los compañeros saldrá pico á viento y podrá tirarlo como quiera.

También debe el cazador tener presente para su gobierno, tanto en los aguardos ó esperas, como para todos los modos indicados, que los jabalies no bajan las pendientes ni las suben rectas, sino á media ladera, y si logran en su huida una arroyada con espesura, no la abandonan hasta su conclusion, á ménos que no le obliguen á ello los perros; debiendo consignar aqui por conclusion, que cacería sin perros es como el bolero ó fandango sin castañuelas.

Estas son las observaciones que he hecho en mi larga carrera de cazador. Otro de mis compañeros de aficion, con más orden y acierto, ha de continuarlas para llegar á formar un verdadero arte donde los jóvenes puedan aprender sin molestia la parte teórica de tan noble y recreativo ejercicio.

CÁRLOS HIDALGO.

Madrid 31 de Mayo de 1867.

EL CABALLO DE CAZA.

(Conclusion.)

Sin embargo de esto, si seguimos haciendo lo que hoy, es fácil que prosigamos sien-

do tributarios del extranjero cuando necesitamos un caballo de caza de primera clase. Muchas personas creen encontrar los mejores en Inglaterra, donde regularmente se hallan con muy buenas cualidades; sin embargo, yo aconsejaria mucho mejor la Irlanda por las razones que voy á exponer. La primera es, que siendo la Irlanda un país semejante al nuestro, el caballo irlandés estará acostumbrado á los obstáculos que la naturaleza le presenta al servirlos de él en nuestro país. Además, la educacion del caballo irlandés es en todas partes, bajo el punto de vista esencial que nos ocupa, muy superior á la del caballo de Inglaterra. Pasa toda su infancia y parte de su juventud en la más completa libertad, en medio de compañeros de su misma edad: desarrolla, para franquear los obstáculos que la naturaleza del país le ofrece, una fuerza y destreza poco comunes, fuerza y destreza que una vez adquiridas no le abandonan jamás. Muy joven todavía, el caballo irlandés se halla completamente familiarizado con la mayor parte de las pruebas porque se le hace pasar al educarle para la peligrosa carrera de la caza. Antes de estar á nuestro servicio, se halla acostumbrado á saltar y galopar con seguro paso sobre un terreno desigual y lleno de zanjas y hendiduras, cubierto de zarzas y matorrales, obstruido por empalizadas naturales, erizado de espinos, sin contar los setos impracticables, los muros de piedra, las riberas de rocas escarpadas y resbaladizas, y las zanjas que se encuentran ocultas por la alta y espesa yerba.

Ahora bien: ¿qué temor podrá abrigar el caballo irlandés contra los obstáculos que encuentre en la Mayena?

Añadid á todo esto las sin iguales dotes naturales propias que la raza del caballo irlandés posee para saltar. Existe una diferencia notabilísima, dice un escritor al tratar especialmente de este punto, entre la manera con que se disponen para el salto el caballo inglés y el irlandés. El caballo inglés se apoya sobre sus jarretes y se lanza de tal manera, que cuando ha franqueado ya con las manos la mitad del obstáculo que desea salvar, el cuerpo se halla todavía en la disposicion de saltar por completo. Cuando abandona con las extremidades anteriores la tierra, recoge sus ancas como si galopara; desciende despues sobre las piernas delanteras, y solo cuando estas, salvado ya el obstáculo, toman el suelo, es cuando levanta sus patas traseras, permaneciendo mientras todo el peso del cuerpo sobre las anteriores ó delanteras.

El caballo irlandés, por el contrario, levanta al saltar sus cuatro piernas á la vez; cuando se halla sobre el obstáculo, sus cuatro piernas permanecen en el aire, descendiendo luego al mismo tiempo sobre las cuatro.

Sabeis tan bien como yo que la caza á la carrera exige que el ginete despliegue todas las buenas cualidades de tal. La primera y más indispensable cualidad que debe poseer el ginete, y sin la que para nada vale ninguna de las otras, pudiendo en cambio esta reemplazar á todas, es la seguridad y firmeza sobre la silla; pero una firmeza imperturbable, que nada quebrante, ni los saltos, ni la caída, ni los mil movimientos inesperados que un caballo puede hacer. En Hungría fui testigo de un hecho que me confirmó más en la opinion que tenia formada de ser la seguridad la primera de las cualidades que debe poseer un buen ginete.

Volviámos de una carrera bastante larga por los bordes del Theiss, y como era bastante tarde, en lugar de tornar al paso como debe hacerse en toda retirada, tomamos en casa del baron de Rosty, á dos leguas del castillo, caballos de refresco, y nos reunimos todos en una verdadera carrera de *steeple chase*; en efecto, corrimos á todo galope á traves de los campos, sirviéndonos de meta la torre del castillo que se levantaba ante nosotros. Nos halláramos á un kilómetro próximamente del final de nuestra carrera, cuando uno de nuestros compañeros advirtió que la llevilla de la primera cincha acababa de saltar: sin embargo, no pareció hacer caso de este incidente y continuó su carrera. Pero la cincha, flotando entre las piernas del fogoso animal, le irritó hasta el punto de dar tales saltos, que hubieran puesto en grave apuro á otro que no fuera el excelente ginete que le montaba. Tampoco hizo caso de este incidente. Sin embargo, al descender una colina, la silla, desaparejada y mal dispuesta, estorbaba con las cinchas colgantes al caballo, que tropezó y cayó de repente. Nosotros quisimos parar los nuestros, pero el joven maggyar nos hizo una seña con la mano que podía muy bien traducirse así: Continúa, esto no es nada; en peores me he visto ya: y levantó su montura con tal precision y se mantuvo con tal firmeza, que pudo acabar el resto de la expedicion franqueando dos setos y una barrera fija sin aparecer cansado. Cuando llegó á donde nosotros nos hallábamos, separó sus rodillas, y la silla cayó entre las piernas del caballo, pudiendo entonces notarse que la segunda hevilla de la cincha se habia roto tambien.

Despues de la firmeza, la cualidad que debe poseer un ginete es la vista, no solo para descubrir á lo lejos las sinuosidades y obstáculos que presente el terreno, sino que necesita tambien poseer esa especie de seguridad que hace falta para atacar el obstáculo en el punto y distancia precisa en que se le debe abordar. A fuerza de tacto y resolucion se llega á veces á prescindir de un auxiliar tan útil como es la vista. Nosotros hemos conocido y tratado un hombre

completamente ciego que no vacilaba en seguir á caballo las cacerías que se daban en los alrededores. Confieso francamente que no puedo encontrar el placer que hallaba este hombre en la caza. Sir Arturo Gordon de Gordon House, es citado en toda la Irlanda por su increíble audacia. Veinte veces se le ha visto partir detras de sus perros, escoltado por un groon, que se contentaba con decirle de cuando en cuando: Sire, os hallais á 15 pasos de un foso; ó bien: á seis pasos de un muro de cuatro piés. Sir Arturo calculaba entonces con una precision admirable, el tiempo y el esfuerzo necesarios, y haciendo levantarse al caballo, nuestro ciego salvaba el obstaculo como el más aplaudido de los jockeys.

La buena mano, sin la que es imposible un cumplido caballero, es una de las cualidades más difíciles de conservar en la caza á la carrera. Voy á citaros un ejemplo que bastará á cercioraros de lo indispensable de esta cualidad. El penúltimo duque de Richmond, de edad bastante avanzada y maltratado por la gota de una manera tan cruel que apenas podia hacer uso de sus manos, conservaba por la caza á la carrera la misma pasion que en los años de su hermosa juventud. Se hacia literalmente izar sobre la silla, y despues de hallarse perfectamente colocado pasaba la brida por su brazo derecho que acercaba despues al pecho. Partia, y sus movimientos eran tan iguales y los ejecutaba con un tacto y precision tales, que imponia á su caballo una obediencia absoluta, siguiendo todas las periperias de la caza por terrenos tan escarpados como los de Bowil y Goodwood, terrenos cuya inclinacion es igual á la del tejado de una habitacion.

He llegado por fin, caballero, al término de mi larga carta, y habreis repetido más de una vez al leerla aquella frase de

¡Quien no sabe limitarse no sabe escribir!

Una sola cosa puede excusarme. He cometido la falta sin premeditacion. Pensé escribiros algunas líneas y os escribo un volumen. El objeto me ha arrastrado. Yo hubiera debido reportarme. Pero fuera del placer de la caza, no tengo otro que el hablar de caballos. Dispensadme, pues, y que el gran San Huberto os proteja.

LUIS ENAULT. (1).

RECLAMO DE PERDIZ.

UNA CACERÍA POCO AFORTUNADA.

A varios amigos he oido quejarse de los malos resultados que esta temporada han obtenido con

(1) Este artículo, dedicado á un cazador de la aristocracia francesa, lo hemos creído de interés;

sus reclamos; y esto me consuela algun tanto del éxito nada ventajoso que ha tenido una expedicion que ayer hice al sitio llamado *Boadilla*.

Pero antes de reseñarla, me será permitido decir algunas palabras referentes á la caza del reclamo en general, condensando, aun á riesgo de repetirlo, un artículo que publiqué en uno de los primeros números del año anterior.

Desde principios de Mayo á mediados de Junio, segun los climas ó lo más ó menos adelantado de la estacion, y hasta fin de este mes en las sierras, es la época de utilizar el reclamo de perdiz hembra, que tiene tantísimos aficionados en nuestro país.

Aunque todas las horas son buenas, son las mejores las tres siguientes al crepúsculo matutino, y las que preceden al de la tarde; es decir, desde que asoma el alba hasta las siete y media ó las ocho, y desde las cinco de la tarde en adelante.

Debe procurarse tener una hembra experimentada, mansa y voluntariosa para cantar; y como no es lo más general que una perdiz cante voluntariamente en el puesto, es conveniente y de buenos resultados valerse de un pollito de gallina. Se escoge uno de estos que solo tenga cinco ó seis dias, y de noche se le echa á la perdiz, tapando esta con la funda de la jaula, y no descubriéndola más que un poquito por la portezuela para que coman ambos, y á la vez se observará si la perdiz llama al pollo, lo cual probará que le tiene cogido: conseguido esto, se le debe destapar, dejando al pollo andar libre por la habitacion en donde esté la perdiz, y si esta le cogió bien, le reclamará en seguida que se separe á alguna distancia.

Para hacer el puesto deberá elegirse un punto elevado, si el dia está sereno; y si hiciese aire ó frio, en las medias barreras y en las solanas. Deberá estar perfectamente tapado con un boquete contra el sol, frente al reclamo, lo necesario para sacar la escopeta y dominar las avenidas. El reclamo se coloca á unos diez y ocho á veinte pasos del puesto, en una estaca cubierta con matas, ó en un cerquito de piedras.

Lo mejor es que la perdiz no necesite pollo para cantar; pero los que no tienen la suerte de conseguir esto y necesitan valerse del pollo, deben dejar el reclamo en su sitio y llevarse el pollo al puesto: lo natural es que al encontrarse la perdiz sin el pollo, principie á llamarle dando reclamadas; si no lo verificase, bastará hacer piar al pollo para que la perdiz cante en seguida.

Hechas estas indicaciones ó, mejor dicho, esta ligera reproduccion de lo que ya se ha dicho en

pero el autor se ha olvidado de mencionar el caballo español, y esta omision dará lugar á otro artículo original, que insertaremos próximamente.

este periódico acerca de la caza de la perdiz, hablaré de mi cacería.

Antes de aparecer el primer albor de la mañana ya estaba yo en mi puesto, que había empezado á preparar á las dos y media de la madrugada. No es mi intencion, ni á ello me atrevo, expresar las dulces emociones que proporciona el admirar la naturaleza en los momentos en que empieza la claridad, la vida, la alegría de los campos. Aún recuerdo la sensacion que me produjo el escuchar de dos machos que estaban á corta distancia del sitio donde yo fabricaba el puesto, y que fueron contestados por la hembra, que aún tenía el pollito consigo. Este incidente me hizo concebir agradables esperanzas, y me apresuré á colgar el reclamo, deseoso de ver el resultado de aquel *gallinero*. (1)

La luz del día era aún bastante débil, y estaba ya en mi puesto: los tomillos, cantuesos, romeros y otras mil flores embalsamaban el aire: la perdiz no cesaba de dar reclamadas; se disponía á recibir al primer amante, que entró con todo celo y derecho en direccion á la perdiz, que le llamaba, y dando mil vueltas en busca de su compañera. Aprovechando yo una de estas, dejó el pobre de existir.

Ya estaba en todo su esplendor la claridad del día. La perdiz volvió á reclamar á los demás campeones que á su alrededor estaban, y otro macho apareció por la izquierda, colocándose casi debajo del reclamo; por lo cual no creí prudente tirarle por temor de que un perdigon perdido matara el reclamo; pero al poco tiempo salió el macho de carrera hacia la derecha, y le tiré de cola, quedando muerto despues de dar unos cuantos vuelcos hasta la altura de una vara.

Cargué de nuevo el arma, aguardando algun otro pájaro de los muchos que oía en todas direcciones. Al poco tiempo vi con sorpresa que una hembra se colocó, dando fuertes reclamadas, á sesenta pasos por la parte de atrás del puesto; y comprendiendo que este era un estorbo, la hice un disparo para espantarla, lo que conseguí.

Hé aquí la historia de mi primer puesto, habiéndome convencido de que los pájaros del campo no estaban de entrada.

Me decidí á variar de puesto, situándolo en el alto de un cerro, á bastante distancia del primero. Apenas colgué la perdiz, salió cantando, y en seguida entró un macho de callada, con la cabeza pegada al suelo; pero no pude tirarle, pues se me voló por haberse apercebido del pequeño movimiento que hice al dar direccion á mi escopeta. Volvió á cantar la perdiz, excitada por el *pio pio* del pollo, y volvió á entrar el mismo macho, ya receloso, por el lado opuesto, situándose detrás de

una encina; no pude tirarle, porque dió una precipitada carrera hacia la izquierda, cubriéndose en seguida.

Dejó la perdiz de hacer gracias, y como la mañana iba adelantando, fui á unirme á mis compañeros, dirigiéndonos á la poblacion inmediata á almorzar con un ilustre amigo nuestro que había de acompañarnos por la tarde, ya que sus graves ocupaciones le impidieron hacerlo en la madrugada, y á quien consigno mi gratitud por lo galante y obsequioso que con nosotros estuvo.

Á las tres de la tarde nos pusimos los tres en marcha, llevando cómodamente diez reclamos, en direccion al sitio designado por nuestro amigo, como más práctico y conocedor en todos conceptos. Poco despues estaba cada cual en su puesto.

La tarde estaba desapacible; hacia un aire muy fuerte, lo cual es perjudicial para toda clase de caza, en especial para la de que me ocupo. Empezó á llover, y sin embargo, la perdiz de mi puesto salió dando reclamadas, no tardando en aparecer un hermoso macho, al que tiré con desconfianza, por tener mojada la escopeta, pero teniendo la suerte de matarle. Volvió á cantar la perdiz, aunque no con tanto interés, efecto sin duda de la lluvia, y vi con sorpresa entrar en el tiradero una hembra, cantando y dirigiéndose por los mismos pasos y al mismo sitio en que murió el macho anterior; siguió cantando, y se fué cuando le pareció: pude matarla, pero no lo hice porque, en mi concepto, ningun cazador debe en estas cacerías matar hembra alguna, pues la muerte de una sola quita la cria de uno ó dos bandos en el recinto por ella habitado.

La lluvia no cesaba, acompañada de fuertes truenos y relámpagos. Aguanté un fuerte chubasco, que me puso como una sopa, y cuando pasó me dirigí al segundo puesto; y aunque fui poniendo una tras otra las tres perdices, ninguna quiso abrir el pico; por lo que creí oportuno irme á reunir con mis compañeros, que fueron más desgraciados que yo, á pesar de haber trabajado bien sus reclamos.

Á mi regreso tuve ocasion de observar que la mayor parte de las perdices que salían espantadas por el ruido de mis pasos, eran pares; y esta es una de las pruebas que tengo para asegurar que los machos no estaban de entrada.

LUIS ORTEGA.

Madrid 27 de Mayo 1867.

BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

DON JUAN I DE ARAGON.

D. Juan I de Aragon, conocido en la Historia con el sobrenombre de *El Cazador*, nació en Perpiñán el 27 de Diciembre de 1350. Si fuera nues-

(1) Término vulgar entre cazadores.

tro propósito escribir la biografía política de este príncipe, diríamos que su venida al mundo fué el único acto verdaderamente importante que de su vida puede consignar la Historia, puesto que á su nacimiento una sangrienta guerra civil desolaba los territorios de Aragón, Cataluña y Valencia.

Las causas que habían motivado tan desastrosa lucha entre los súbditos del rey de Aragón, conocida con el nombre de lucha de los *Fueros*, tenían su principal asiento en la falta de hijos varones que sucedieran en el trono á Don Pedro el *Ceremonioso*, que hasta el año 1348, en que envió de su segunda esposa doña Leonor de Portugal, solo había tenido de la primera, Doña María de Navarra, dos hijas que eran ya crecidas, y un príncipe que murió á las pocas horas de nacer, siguiéndole á la tumba la reina su madre.

Con la infanta de Portugal no tuvo sucesión, y en su consecuencia se hallaba á más de la mitad de la carrera de su vida sin heredero legítimo.

Era gobernador general del reino Don Jaime, hermano del rey, y recelando D. Pedro que el infante tratase de hacerse partidarios para ser proclamado á su fallecimiento, imaginó privarle del gobierno, nombrando en su lugar á D. Bernardo de Cabrera, gran noble aragonés y muy adicto á su persona, para que gobernase á nombre de su hija primogénita doña Constanza.

Trataba de cohonestar este paso con el ejemplo de los casos en que Castilla, Navarra y Sicilia habían sido gobernadas por hembras, y aun en el mismo Aragón, donde había reinado doña Petronila.

Engañóse, no obstante su astucia, el buen Don Pedro, pues los aragoneses se sublevaron ante la idea de ser gobernados á nombre de una princesa, y exceptuando algunos caballeros catalanes y las ciudades de Daroca, Teruel y Huesca, todo el resto del reino se puso del lado del infante Don Jaime, bajo la bandera de *Fueros, franquicias y libertad*.

Encendida la guerra civil, comenzó para el monarca aragonés una era de humillaciones y disgustos que jamás perdonó á sus obstinados vasallos.

Concediéndolo todo, con el firme propósito de negarlo todo, tan pronto como le fuera posible, acudió á las Cortes de Zaragoza convocadas por la *Union*, Cortes que concluyeron por un motín.

Más tarde el poderoso partido de los *Fueros* le llevó á él y á su esposa á la ciudad de Valencia, más bien como prisioneros que como soberanos. En esta ciudad tuvo lugar otra asonada de la que el rey estuvo en peligro de ser víctima, y que concluyó de una manera burlesca, teniendo que bailar la reina y el rey confundidos con el pueblo. Véase cómo lo cuenta el mismo Don Pedro en

sus *Memorias*: «Y cuando rendido de fatiga pensábamos en acostarnos, un grupo de quinientas ó más personas se puso á danzar debajo de nuestras ventanas al son de cimbales é trompetas, y quieras ó no quieras la Reina y Nos tuvimos que tomar parte en el baile. Un barbero, que dirigía la danza, se puso entre Nos y la Reina entonando una canción que tenía por tema: *Mal haya quien se partiere!* y Nos bajamos la cabeza y no dijimos una palabra.»

En este lastimoso estado de cosas ocurrió la muerte de doña Leonor de Portugal (1348), y don Pedro celebró sus terceras nupcias con doña Leonor de Sicilia, la cual antes del año de su matrimonio dió á luz un príncipe, cortando de raíz las luchas intestinas que destrozaban el reino, y poniendo fin á las pretensiones del infante D. Jaime y sus partidarios.

Por eso hemos dicho que el nacimiento de don Juan I de Aragón fué, como rey, el acto más importante de su vida.

El largo reinado de su padre, que duró hasta 1387, hizo que, siendo príncipe, se aficionase con demasia á los placeres de la caza, el baile y la música, para entretener el ocio en que le tenía sumido la completa paz que se gozaba, tanto en Aragón como en Mallorca y Sicilia, á donde alcanzaba el dominio de D. Pedro el *Ceremonioso*.

Jurado príncipe en 1351, se encargó su educación á D. Bernardo de Cabrera, y dos años más tarde fué nombrado duque de Gerona, título anexo al trono de Aragón.

Como no hemos de seguir paso á paso la vida de D. Juan, nos limitaremos á reseñar los rasgos más notables de ella como cazador, que es el objeto que nos hemos propuesto.

Desde muy niño manifestó grande afición á las monterías, y una prodigiosa disposición para el manejo de las armas de caza entonces en uso; tanto, que aún no contaba diez años cuando se le conocía como el mejor tirador de venablo.

Irritábase considerablemente cuando alguno de los caballeros que le acompañaban en las batidas hería la fiera contra las reglas del arte.

Á los diez y siete años casó con doña Juana de Valois, hija del rey Felipe VI de Francia, y habiendo enviudado muy pronto, la casualidad hizo que su segunda mujer Marta, hija del conde Armeryach, fuese tan aficionada como él á la caza, por lo cual montaron su casa con gran tren de guerra, dedicado á su diversion favorita.

Sus perros eran los mejores del mundo: las aves de cetrería, adiestradas por el mismo príncipe, y algunas también por su esposa, no conocían rival. En cuanto á las armas, tenían todo el perfeccionamiento que se había alcanzado hasta entonces. Sus cuchillos de monte los hacía venir de la Bretaña, donde desde antes de los romanos

tenian fama especial para templar el hierro y el acero.

Viudo de su segunda esposa, propusieronle la mano de la tristemente célebre doña Juana de Nápoles, y habiéndola rechazado, casó en su lugar con doña Violante, hija del conde de Bar, sobrina de Carlos V de Francia. Este matrimonio, contraído sin el beneplácito de su padre, y las cuartas nupcias de este, celebradas con doña Sibila Sforzia, indispusieron al padre y al hijo.

Alejado entonces por completo de los negocios, se entregó más que nunca á la caza, rodeándose de cuantos caballeros rendian, como él, culto al Dios de los bosques, sin que fuera obstáculo á su amistad la divergencia de opiniones.

A pesar de su delicada complexión, era infatigable en las batidas, y á nadie cedía en el ardor para la carrera: esto fué causa de que contrajese muy serias dolencias, y una de ellas le aquejaba á la muerte del rey D. Pedro su padre.

Una vez en el trono, y deshecho de su madrastra y parciales, su corte fué el punto de reunion de cazadores, músicos y poetas. Su esposa doña Violante no era ménos aficionada á las diversiones que él; pero de carácter más enérgico, hubiera sostenido con mano firme las riendas del gobierno, á no oponerse á ello las leyes del reino.

Tanto fué el lujo y suntuosidad de la corte de Aragon durante los primeros años del reinado de este monarca, y tales los dispendios que hizo en jaurias, jefifaltes, neblies, halcones, azores, armas de caza y grandes batidas, algunas de las cuales duraban meses enteros, que los nobles del reino se vieron en la necesidad de llamarle al orden por medio de las Cortes, obligándole á reformar los gastos y despedir de su palacio muchos de los ociosos amigos de sus placeres, que empobreciendo el erario, distraian al rey de sus verdaderos deberes. Entre los desterrados lo fué una dama llamada doña Carroza, intima amiga de la reina, y muy dada al manejo de los negocios públicos.

La indicada reforma y la delicada salud del monarca, suspendieron por algun tiempo las soberbias cacerías en los dominios de D. Juan; pero no tardaron en repetirse, tan pronto como mejoró algun tanto.

Hizo una ley de caza, cuyos artículos más notables tenían por objeto las reglas que debian observarse para herir y rematar la res, y la altura á que debia hallarse un ave antes de quitar la caperuza al halcon, como tambien preceptos muy severos acerca del cuidado que debia tenerse con los perros y caballos destinados á tal diversion.

Por último, la desmedida afición de D. Juan á este pasatiempo, que le hizo descuidar con frecuencia los intereses del reino, fué tambien la causa de su desgraciada muerte. En una gran

cacería que tuvo lugar en los bosques de Foixá el 19 de Mayo de 1395, habiéndose extraviado de su séquito, se halló con una disforme loba, que al acometerle, le derribó del caballo: cuando su comitiva se le reunió, era ya cadáver.

SOFÍA TARTILAN DE ESCOBAR.

EL MURCIÉLAGO.

Este singular mamífero, del que hay gran multitud de clases, reúne en sus costumbres tal variedad de particularidades, que merece fijar la atención, no solo del naturalista sino del observador en general.

Para creerlo así, basta únicamente considerar el murciélago ordinario, dejando aparte las variedades que ofrece.

Los latinos le dieron por nombre *vespertillo*, basándose en que siempre le veían volar solo desde el anochecer. Por su cuerpo parecido al de la rata, le apodaron despues los antiguos *murciégo*; palabra compuesta de dos, que equivalen á raton ciego; sin duda tenían semejante creencia los que fijaron la última denominación. Igual origen (del latín) tiene el término *ratpenat*, voz compuesta, que significa raton con alas. *Reptil alado* le llamaron tambien los griegos á imitacion de los caldeos.

Posteriormente la palabra *murciégo* degeneró en *murciégalo*, dando origen esta última á la que hoy tiene por nombre dicho mamífero, conocido entre nosotros por *murciélago*.

Dicho animal vuela como las aves, y tiene el cuerpo con el pelo y forma que los ratones, tanto, que afirman algunos autores haberlos visto en Egipto con colas largas e idénticas á las de aquellos.

Sus alas carecen de plumas, pareciendo á la vista formadas de una piel pergamínosa, y teniendo un dedo, en su corvadura, armado de una uña.

Carecen de pieo, y en su lugar ostentan boca ornada de dientes bastante aguzados, con los que cojen á los mosquitos que les sirven de alimento, siéndoles muy fácil esta presa cuando empiezan su vespertina escursión, á causa de hallar á sus pequeños enemigos volando en crecido número, muy apiñados y en bastante desorden.

El murciélago no es ovíparo; pare sus hijillos y los amamanta llevándolos asidos de sus tetas por cualquier parte que tienda su vuelo. Semejante animal no se apoya jamás en tierra, ni conservan pié la posición vertical; cuando quiere pararse, se cuelga de las paredes boca abajo, costumbre necesaria en él, puesto que nunca se le ha visto formar nidos: sus crías le acompañan siempre, sosteniéndolas la madre con sus uñas apenas nacen. Debe ofender á su vista la mucha claridad, y su voz, canto, ó como se quiera lla-

mar, se reduce á unos especiales chillidos que parecen tener alguna semejanza con los de las ratas. La más extraña cualidad que le diferencia de las aves, si hubiese alguna entre todas las que de aquellas le distingue, es la facultad física de orinar que posee.

Su espíritu es sobradamente guerrero, por ser hasta en su parte moral la antítesis de todos los individuos que componen el reino zoológico.

Si oye un ruido cualquiera, allí vá. Si retumba en el espacio una corneta, corre volando al sitio de donde cree ha salido el eco: hay tiros, á ellos acude; y por fin si vé una espada desnuda, acomete embravecido hasta morir. Esto prueba casi lo mucho que le debe ofender el luminoso brillo, pues vemos que juega la vida, cegado en tales trances.

Las hormigas y las palomas le temen de una manera terrible. Algunos afirman que encerrando cualquier número de estas últimas en un palomar, clavando despues un murciélago afuera y dejando la puerta franca, no se atrevería ninguna á salir de él.

El murciélago resiste mucho tiempo sin comer. Esto lo han experimentado ya todos los que (por ese instinto que tan dispuesto á hacer daño tenemos los racionales), han clavado por las alas uno de aquellos vivo en una tapia.

En el trascurso del día permanecen encadenados en sitios oscuros. El padre se agarra á una pared ó bóveda; el hijo se cuelga de él; el tercero del segundo; el otro del tercero; el cuarto de este, y así sucesivamente todos los demás, hasta llegar al último, constituyendo una admirable armonía social, y mirando cada uno por el bien de todos.

En algunos sitios cavernosos ó propios que sirven de albergue á estas repúblicas de animales, se han visto cadenas de familias numerosísimas en forma piramidal, con base tanjente al techo: debajo del último individuo que compone el punto cúspide de la pirámide, empieza otra como esta, pero levantada por el estiércol que arrojan los suspendidos seres, llegando á veces á tanta altura, que dicha materia y sus productores parecen componer una sola pieza. Al anochecer se deshace la singular trabazon, empezando á soltarse el último murciélago suspendido; despues el penúltimo, continuando con un orden admirable hasta el que se posó primero: allí empieza la anarquía, diseminándose cada cual por doquier, hasta el crepúsculo matutino, en que se ven obligados á instalarse de nuevo en su antiguo lugar de descanso ó en otro nuevamente elegido.

Por último, si cualquier persona ó varias se introducen en parte donde los murciélagos acostumbren á pasar sus horas de reposo, si los curiosos caminan en silencio, las animadas pirámides no darán señales de vida; mas si, por el con-

trario, el que entra, los toca, se deshacen aquellas, empiezan sus individuos á revolotear en confuso tropel, apagan la luz con el aire agitado por sus alas, atruenan los oídos del curioso á chillidos, y hasta acometen algunas veces á los intrusos, no teniendo estos otro remedio que tumbarse boca abajo en el suelo, y permanecer sin chistar siquiera, interin consiguen que se vuelvan á suspender los espantados habitantes formando otra vez la derecha figura geométrica.

CÁRLOS ALVAREZ Y MALGORRY.

RECUERDOS DE VIAJES.

LA CAZA Á LOS TIGRES.

I.

A seis millas de Ngyoungod, en el sitio en que existió una antigua fortaleza, hay actualmente un lago poblado de caza de agua. Los temblores de tierra, acompañados de erupciones volcánicas, han hecho del país un establecimiento monacal. Los alrededores se han tornado insensiblemente en una selva virgen, donde los indígenas penetran con un horror invencible. Lo aislado del sitio hace que se hayan posesionado de él por completo fieras de todas clases.

Entre numerosas especies de caza, se encuentra en el lago á un pequeño pájaro cuya carne es extraordinariamente succulenta. Este pájaro, una vez espantado, no vuelve en mucho tiempo, por lo que hay que tener mucha constancia, y no ocuparse de ninguna otra caza. Anida con preferencia en las ramas de los árboles que crecen en los terrenos húmedos. Su nido, de forma sólida-mente edificada, es de paja, tierra y junco. Parece un matraz, con el cuello dirigido hácia abajo para preservarse de los insectos y la lluvia. Se encuentran ordinariamente estos nidos unidos, ó suspendidos los unos de los otros.

Poco familiarizado con las descripciones ornitológicas, noté que los rasgos que le caracterizan son los siguientes: cola larga y negra, gruesa en su nacimiento; piés negros, patas largas; la parte inferior del tarso absolutamente desnuda de plumas; cuerpo delgado, oblongo, casi cilíndrico; el iris de un amarillo muy vivo; la cabeza y la garganta de un amarillo terreo; banda verdigris, que va desde detrás de la cabeza hasta la comisura de las mandíbulas; el dorso y las plumas de la cola y alas son de un verde claro.

Quiso asociarse á la escursión proyectada un camarada mio, el baron de L., desdichado jóven que murió á muy poco tiempo, víctima de los disgustos y hondos pesares que le afligian.

Comuniqué á mi huésped mi designio, y no solo le aprobó, sino que me ofreció enviarme un guía con su barquilla desde el amanecer, añadién-

dome que, si lo deseaba, me enviaria al lago otros dos de sus hombres con embarcaciones indispensables y á propósito para esta clase de caza. Agradecí la oferta, y prometí pasar á mi vuelta por su habitacion.

Volví á la flotilla, y allí encontré al baron de L.

José y Desiré (marineros provenzales), debian llevar cada uno una escopeta cargada y preparada al efecto.

Á las cuatro de la mañana, el guía que me enviaba mi amigo el juez de Ngyoungó, estaba en la playa. Este guía era nuestro director: su traje habia cambiado: llevaba un pantalon nuevo y una vesta blanca de cotonia. El juez mi amigo le habia concedido la libertad porque salvó la vida de su hijo. Yo por mi parte puedo aseguráros que desde el primer momento me fué simpático en alto grado.

(Se continuará.)

DOS DIAS EN EL TIROL BÁVARO.

(Conclusion.)

El sollo pesó cinco libras: con los dos peces tuvimos una buena cena, no solo nosotros, sino tambien la gente de la posada. Antes de acostarnos en nuestras limpias aunque algo duras camas, quedamos Spence y yo conformes en escalar la montaña en cuya falda nos encontrábamos, en busca él de ciertos insectos que deseaba encontrar, y yo en la de los gallos de monte (*Tetrax*), que me dijeron se solian ver algunas veces por allí. Dimos orden, pues, á un mozo de la casa para que nos despertase al ser de día; y haciendo acopio, el uno de botes de alcohol, cajas y redecillas, y el otro de municiones, nos fuimos á dormir.

Puntual, como buen alemán, nos despertó con estrellas el buen Hans, y despues de un ligero desayuno y de echar un pequeño refrigerio en los morrales, empezamos á subir los tres por aquellos pinares. Pronto se hizo algo penoso el declive; pero caminando despacio y entretenidos por la vista de tan frondoso bosque, y con buscar los insectos que tanto codiciaba Spence, llegamos á bastante altura é hicimos un pequeño alto para embotellar varios de ellos que queria conservar en espíritu de vino. Á poco de volver á caminar sentí un fuerte olor como á vinagre, y no pudiendo darme cuenta de la causa, pregunté á mis compañeros, quienes acercándose á mí, dijeron al momento que provenia de hallarnos cerca de algun grande hormiguero, añadiendo el guía que hacía allí solian verse muchas veces gallos de monte, por lo que pensé que seria probable que la causa de su querencia debia ser su afición á estos insectos, puesto que á los pavos, perdices y otras aves les gustan mucho. Curio-

so de examinar este hormiguero, y al mismo tiempo de ver si tiraba algun gallo de monte, seguimos el rastro del olor, y á cuarenta ó cincuenta pasos llegamos á un claro en el bosque, donde se hallaba el hormiguero, entrando y saliendo por sus muchas bocas un inmenso número de hormigas grandes de color rojizo, que ellas ó el nido esparcian un olor muy acre, como si se hubiera vertido por allí gran cantidad de vinagre muy fuerte.

Satisfecha nuestra curiosidad y enriquecida la coleccion de Spence con una lagartija de especie rara, que mereció los honores de un frasquito por separado de otros individuos más comunes, continuamos nuestro camino, y pronto, cuando más descuidados estábamos, nos saltó, materialmente debajo de los piés, un soberbio gallo de monte, cubriéndose con los árboles antes de que, volviendo de nuestra sorpresa, pudiéramos hacer uso de nuestras armas. Despues de renegar de nuestra comun torpeza, continuamos la marcha, enviando yo *in petto* á los demonios las sabandijas que tanto ocupaban á Spence, y la conversacion que nos habia hecho dar un *fasco* semejante; y despues de media hora de marcha, salió otro gallo, al que tiramos con mejor fortuna, pero que no cobramos por la espesura del monte y no haber traído perro á propósito. Llegando ya á las alturas mayores, donde clareaba más la vejeticion, me llamó Spence la atencion á un arbusto, sobre el cual habia un pájaro de poco bulto, y me dijo que era preciso á toda costa matarlo, pues era un mirlo azul, ave que se ve pocas veces; nos fuimos, pues, acercando con todas las precauciones posibles, hasta ponernos á veinte pasos, y haciendo fuego simultáneamente, matamos el pájaro, pero tuvimos el sentimiento de ver, al recoger sus restos, que no seria posible disecarlo, lo que no era extraño, pues dos tiros con plomos del número 4, á veinte pasos, en un ave del tamaño de un tordo, no es probable la dejen en un estado muy brillante. Spence recogió lo que pudo de plumas y una patita para que le sirviera siquiera de recuerdo, y mohinos y de mal talante nos dirigimos á un punto desde el cual se dominaba el lago, con objeto de tomar una vista general, lo que hizo á la aguada en un par de horas Spence, que, como ya he indicado, era un buen artista, y volvimos á bajar la montaña, recogiendo al paso bastantes fresas y otras frutas silvestres, pero de muy buen gusto, para postres para la familia y consolarnos en parte de nuestra desgraciada expedicion. Descansamos aquella noche, y al día siguiente nos encaminamos á otros puntos, donde tuvimos otras aventuras de caza y pesca, con entre actos de música y pintura, divirtiéndonos más que en este primer ensayo.

R. A. M.

CARTAS DE JULIO GERARD

SOBRE LA CAZA DEL LEON.

V.

CONSTANTINA 7 de Febrero de 1850.

Mi querido Leon: Dos leones venidos de no sé dónde, recorrían el círculo de Constantina, vi- viendo á espensas de los propietarios de ganados: se encontraban en el país de Segúia cuando yo llegué. Era el 20 de Enero último. El aduar en que se me recibió había sido visitado por los leones durante la noche. Al día siguiente muy temprano gané los altos llanos de Zérazer donde había matado los últimos leones en 1849. Diez árabes recorrían el bosque de Sur á Norte. La cita era en una pequeña llanura central.

Los que buscaban por el Norte solo encontraron huellas medio borradas por la nieve. Los del Sur, más dichosos, dieron con el retiro de los leones, que se espantaron al ser despertados tan temprano, y marcharon á refugiarse no lejos de allí.

El cheik de Segúia me dijo que uno de los leones parecía proteger al otro, y que no rehusaría el combate. Llegué á las dos cerca del sitio donde me decían hallarse los leones y, en efecto, estaban allí. Unos árabes puestos en observación me dijeron que uno de aquellos salía con frecuencia de su escondite, dando á conocer bien á las claras la cólera que le dominaba.

Después de haber fumado una pipa y hecho colocar en lugar á propósito un oficial árabe que me acompañaba, ordené á todos los árabes que descendiesen al llano, exceptuando el que llevaba mis armas.

Esta maniobra dió un pronto resultado. Apenas los árabes habían desaparecido, cuando un leon salió de su retiro y se dirigió á donde yo estaba; el segundo le seguía á cincuenta pasos: marchaban derechos hacía mí.

Estaba yo sentado sobre una roca que dominaba la posición, y á la que se llegaba por otras rocas cortadas por profundas quebraduras. El árabe que llevaba mis armas, se hallaba á mi lado. Tomé la carabina *Devisme*, y la monté. Lo mismo hice con la carabina de reserva de un tiro, y la dejé en manos del árabe después de haberle dicho que me la diese en el momento en que hubiera descargado la mía.

El primer leon saltó sobre las gradas inferiores de la roca, y se quedó mirándome con atención. Iba á apretar el gatillo, cuando se volvió hacia su compañero; este movimiento me presentó tan bien su espalda que no dudé. Al primer tiro cayó rugiendo; hizo un esfuerzo para levantarse, y volvió á caer: estaba fuera de combate.

El segundo estaba ya al pié de la roca con la cola al viento y la cabeza levantada: recibió el primer tiro un poco atrás en la espalda, y á una

distancia de diez pasos de su compañero: se estremeció, y de un salto inmenso se colocó sobre la roca misma en que yo me encontraba. Tomar la carabina de manos del árabe, apuntarle á la sien, hacer fuego y matarle á cuatro pasos de distancia, todo se obró por la protección de nuestro patron San Huberto, en ménos tiempo del que he tardado en contároslo. Dimos al primer leon el golpe de gracia, y todo se concluyó.

Vuestro

JULIO GERARD.

CARRERAS DE CABALLOS.

De una correspondencia de Lóndres del 25 de Mayo copiamos lo siguiente:

«Estamos en la semana del Derby, ó sea de la gran fiesta de las carreras de caballos. La política está de huelga estos días, y no sin sorpresa se ha sabido que se había celebrado consejo de ministros el día de la fiesta, cuando por costumbre inmemorial en esta semana no se reúne el Parlamento ni tienen consejo los ministros.

El caballo que ha salido vencedor se llama *Heremit*, y es propiedad de M. Chaplin, individuo de la casa Chaplin y Horne de la Cité. M. Chaplin compró este caballo el año pasado en mil guineas por un pique; ahora verán Vds. de qué manera puede ser un caballo el instrumento de una venganza de amor.

M. Chaplin iba á casarse. Tenia ya pedida la mano de su futura, y estaba concertado el enlace y señalado el día, cuando de improviso se presenta el marqués de Hastings, le conquista la novia y se casa con ella la víspera de la proyectada boda. Á los pocos días, el marqués, por dar gusto á su esposa, se empeñó en adquirir el *Heremit*. Aquí de la venganza.—Caballo por novia, dijo M. Chaplin. Dá por el caballo mil guineas, ó sean cien mil reales, y se queda con él, dejando burlado al marqués. Llega el día del Derby, y el *Heremit* gana sumas fabulosas. Trescientas mil libras esterlinas, poco ménos de un millon y medio de duros, regala el caballo á su dueño, para consuelo de la pérdida de la novia.

Y es pública voz y fama que, en efecto, ha quedado el dueño un sí es no es consolado. También se susurra si el marqués anda afligido, no por otra causa sino porque reputa mayor la venganza que el agravio.»

Segun el *Sport* del miércoles 29, se ha exagerado mucho el importe de las apuestas que han mediado en estas célebres carreras de caballos.

Las ganancias exactas de M. Chaplin, incluyendo los *stakes*, ascienden solo á 148,000 libras: además, el capitán Machel y sir Fred Johustone han ganado unas 70,000 libras cada uno.

Es cierto que el duque de Hamilton ha perdido mucho, pero no tanto como se ha ponderado la pérdida, pues toda ella no ha pasado de 80,000 libras.

Respecto de las carreras de caballos celebradas el 2 del actual en el bosque de Bologne, pueden formar idea nuestros lectores por la siguiente carta de Paris.

«Pocos espectáculos en el mundo habrán tenido un público más numeroso de reyes, emperadores y príncipes, y más exóticamente aristocrático. Y digo exótico, porque allí se veía en el cuerpo diplomático y en los individuos de las respectivas servidumbres, la flor y la nata de la aristocracia de todos los países.

La campana anunció á las dos que empezaban las carreras; pero la multitud hizo poco caso, fija su vista en el palco imperial, donde primero llegaron los reyes de Bélgica y sucesivamente después todos los demás régios huéspedes, siendo los últimos los emperadores de Francia y Rusia. La multitud les saludó con grandes aclamaciones.

Una tarde deliciosa permitía que las carreras se verificaran sin obstáculo y sin que el sol molestara tampoco á los ginetes ni al público, tan numeroso como nunca; pues jamás funcion hipica ha tenido tampoco más numerosos espectadores.

Solo en el momento de verificarse la carrera para el gran premio de 127,000 francos y un objeto de arte, fué cuando unos cuantos truenos y unas cuantas gotas alarmaron á la concurrencia.

Este era el premio que ofrecía más interés.

Setenta y dos caballos habian sido presentados para tomar parte en esta lucha: 51 fueron retirados antes de ella, y solo 10 han corrido. El interés era extraordinario, los espectadores se subían á las sillas y se acercaban á las balaustradas. Los caballos favoritos eran *Debut Patricien* y *Ferracques*. Este último habia ganado la víspera el premio de Neva, y las apuestas eran de 40 contra uno. *Cerfootant*, seguido de *Patricien*, salieron al frente de los demás; pero este último adelantó pronto al primero, que fué alcanzado por *Debut* y *Trocadero*. *Ferracques*, que iba bastante detrás, se acercaba ligeramente y en línea recta, colocándose al lado de *Patricien* y llegando al mismo tiempo al término de la carrera. El tribunal declaró que era preciso una nueva prueba. Los dos concurrentes salieron de nuevo, y *Ferracques*, del conde de Montgomery, alcanzó por fin la victoria después de una lucha empeñadísima, en la que batió á *Patricien*, del Sr. Delamarre, solo por un largo de nariz. *Estournel* fué colocado el tercero en la primera prueba.

Por espacio de mas de tres horas no se podía pasar por las grandes avenidas, ocupadas por los carruajes y por el público que regresaba de esta brillante fiesta.»

Mientras en el extranjero van tomando cada vez más incremento las fiestas hípicas, hemos sabido con sentimiento que por ahora no habrá carreras de caballos en Madrid. La sociedad para el fomento de la cria caballar, que era la que las celebraba en el hipódromo de la casa de Campo, se ha disuelto, tanto por escasez de fondos como por

falta de caballos que corriesen. Por semejante motivo no ha habido este año las carreras de primavera, que se verificaban siempre en el mes de Mayo. Sentimos que nuestra capital carezca en adelante de un espectáculo agradable que existe en todas las grandes capitales de Europa, y que por desgracia no ha podido aclimatarse entre nosotros.

Question es esta que tendremos ocasion de tratar más detenidamente en cuanto nos lo permitan otras atenciones más preferentes.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Voy á satisfacer un deseo que hace días me asalta, dando á V. una idea, aunque ligera, de lo que es este país bajo el punto de vista cinegético.

Situado en la parte más N. del hermoso reino de Valencia, y confinando con Aragon por la parte más S. de la provincia de Teruel, participa de ambos climas, formando uno de los países más bellos y saludables de la península, y por consiguiente muy á propósito tanto para la multiplicacion de la caza, como para poder dedicarse á esta diversion en cualquiera de las estaciones del año. El terreno, aunque algo escabroso especialmente para la caza de volatería, no lo es tanto, sin embargo, que no permita á los que en él nos hemos ejercitado desde nuestros primeros años, soportar tres ó más días de caza consecutivos sin gran fatiga. La feracidad y bondad de su suelo, unidas á la laboriosidad de sus habitantes (aunque á la verdad algo rutinarios), hacen que sea muy estenso su cultivo, proporcionando con sus vides, olivos y algunos cereales, abundante pasto todo el año.

Por las razones que ligeramente dejo apuntadas, y que á mi entender deben influir en que sea ó no abundante la caza en un país, parecerá á V. que este lo debe ser mucho. Pues no señor; es escasísimo: tal vez esté en los de última línea de España, y todo debido á la incuria, al abandono, al cinico desden, con que aquí se mira la veda por todas las autoridades y encargados de hacerla observar, y hasta por algunos que indignamente usurpan el glorioso nombre de cazador, y quieren pasar por verdaderos aficionados al noble ejercicio. Y si al cazar durando la veda lo hicieran noblemente y cara a cara, estaria mal, siempre mal; pero no tanto como valiéndose de medios infames y degradantes, como son, además de reclamos, redes, lazos, hurones y que se yo cuantos infernales artificios, que en todo tiempo son medios viles y rateros de cazar pero mucho más durante la veda.

Sin embargo, no todos son dignos de tal censura, pues aunque pocas, hay honrosísimas excepciones, tanto en autoridades como en cazadores: ejemplo de las primeras, lo es sin duda el dignísimo alcalde actual de la vecina y antigua villa de Gericá, Sr. Izquierdo, y de los segundos hasta una docena de aficionados de pura sangre, que como le decía á V. no hace mucho el amigo Conde, no solo observamos la veda con rigurosa escrupulosidad, sino que aun en tiempos no vedados, no conocemos otros medios de cazar más

que con escopeta y perro; contentándonos en el tiempo ilícito, con las aves viajeras, como codornices, tórtolas, etc., tiros de palomas y sobre todo charlar mucho y formar grandes proyectos para la próxima temporada, que por cierto presenta este año mal cariz por la falta de lluvias, especialmente para las perdices.

Creo, Sr. Director, que habrá V. comprendido lo que es este país con respecto á la caza; esto es, muy á propósito por todos conceptos para la reproducción y manutención de la misma; pero sumamente abandonado dicho ramo por los encargados de hacer observar la ley.

No concluiré esta ya pesada epístola, sin rogar á V. y á cuantos aficionados puedan hacerlo por su posición ó por sus relaciones, que influyan ó gestionen cerca del gobierno para que ponga un lenitivo á tamaños abusos, y encargue á las autoridades locales el cumplimiento de las Ordenanzas vigentes.

Cuento V. desde hoy con un amigo más en su afectísimo

ANTONIO LUIS DE OLANO.

Segorve 29 Mayo.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy estimado señor mío y amigo: en el último número de nuestra Revista correspondiente al 31 de Mayo último, se lee la comunicación que dirije á V. el Sr. D. José Bermejo, desde Córdoba, describiendo lo peligroso de las mordeduras de los alacranes, víboras y alicante en que tanto abunda Sierra-Morena.

Para tranquilizarle, así como á cuantos cazadores ignoren el maravilloso y momentáneo resultado de la aristoloquia ó víborera, como la llaman en muchos pueblos también de Sierra-Morena, agradeceré á V. se sirva insertar en LA CAZA el último párrafo de la que tuve el gusto de dirigirle el 7 de Mayo del año pasado 1866, publicada en el núm. 11 del primer tomo, y la del 3 de Julio del mismo en el núm. 17.

Muy sensible es el que conociéndose un remedio tan sencillo, tanto se sufra con la picadura de un reptil.

Se repite de V. su amigo

MANUEL CEFERINO GONZALEZ.

Orgaz 3 de Junio de 1867.

Párrafo y carta que se citan.

«Una de las cinco plantas que entran en la composición de los polvos profilácticos contra la rabia, como así los llama el Sr. Blanco, es la aristoloquia, antídoto enérgico contra los venenos de reptiles, con los que tanta semejanza tiene la baba del perro; puesto que unos y otra para inocularse necesitan sangre. En Sierra-Morena no hay cazador que no los lleve en el zurrón, y no los beba ó haga beber al perro en el momento de ser alguno mordido por víbora, con la particularidad que después de bebidos por uno ú otro, siguen cazando sin experimentar la menor incomodidad.»

«Sr. Director del periódico LA CAZA.—Orgaz 3 de Julio de 1866.—Estimado amigo. Por si ignora V. la manera de hacer aplicación de la aristoloquia en las mordeduras de víbora, voy á permitirle decir á V. cómo se sirven de ella en Sierra-Morena.

Para estar prevenido, redúcese primeramente á polvo, lo que se consigue con la mayor faci-

dad, por medio de una escofina, y aun raspándola con navaja, y después se coge todo lo que cabe en una pieza de dos cuartos colmada, puesta horizontal, y se echa en un papel, que, bien envuelto y doblado, se guarda generalmente en el zurrón, y tan pronto como el cazador ó perro son mordidos, se toman los referidos polvos con agua, vino ó cualquier líquido, puesto que secos se tragan mal por lo amarguissimos que son. He oído asegurar á varias personas que su acción sobre el veneno es tan eficaz, que el cazador ó perro mordidos que inmediatamente beben los polvos, siguen cazando sin experimentar ni sentir ninguna molestia, y en igual estado que antes de sufrir la mordedura.

En un perro he visto yo su sorprendente resultado. Después de bastantes horas de haber sido mordido, y cuando el animal se encontraba postrado y monstruosamente hinchado, se le dió una porción de la aristoloquia ó víborera, como vulgarmente se llama, majada entre dos piedras por no llevarla en polvo, y no bien la había tragado, cuando meneando la cola y casi arrastra por no poder tenerse de pié, se fué al rancho en que estábamos no pocos cazadores, y con sorpresa de todos se puso á comer, quedando al poco tiempo enjuto completamente de su hinchazón.

Se repite de V. afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.—Manuel Ceferino Gonzalez.»

Sr. DIRECTOR DE LA CAZA.

Muy señor mío: Acabo de llegar de mi coto, donde he pasado ocho días desesperados. A pesar de tener una colección de hembras, que mis amigos creen superiores, y que felizmente no necesitan del pollo, muy oportunamente rechazado por el Sr. Chinchilla, es el caso, amigo mío, que apenas he muerto la sexta parte que otros años, porque todavía no están los machos de entrada. En uno de los días me propuse, á fuer de aragonés, no salir del puesto sin matar uno; y admirese V., eran cerca de las once de la mañana cuando lo conseguí. Al día siguiente, cuando yo aguardaba la entrada de algunos que oía á derecha é izquierda, se presentó una zorra jóven, que fué víctima de mi escopeta.

De codornices hemos tenido grandes entradas, y se han divertido mucho los cazadores: yo no, porque, así como nunca hago uso del reclamo macho, tampoco tiro á las codornices hasta que se ha hecho la recolección.

Seguimos lamentando la falta de cumplimiento en guardar la veda, y desosos de que el gobierno de S. M. dicte las disposiciones necesarias para que cesen tantos abusos.

Desea á V. toda clase de felicidades su atento amigo

J. R. SALES.

Barcelona 29 de Mayo de 1867.

Querido amigo: He salido unos días con el reclamo y he tirado seis machos, sintiendo mucho que mis ocupaciones en el campo me hayan impedido hacer una expedición con varios amigos. Tengo que limitarme á dedicar un corto rato acompañado de Maravillas á los sitios más próximos, y rara es la tarde que no tiramos.

A pesar de darse mal, en razón de ser muchísimas las jaulas que hay, lo que hace que estén muy resabiados, nosotros tenemos la flor de los

reclamamos, y esto hace que no lo pasemos mal del todo.

Cipriano y sus hermanos han estado de caza cuatro días en las sierras. Ayer llegaron y supe que tuvieron la suerte de coger un nido de águilas. Trajeron un aguilucho de cosa de un mes, además de una considerable cantidad de caza que en el nido habían depositado sus padres.

J. LA TORRE.

Navalmorales 31 de Mayo de 1867.

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuación.)

—¡Señores! exclamé yo entonces, ¡señores! yo espero que....

—¡Silencio! dijo Picard, si quieres que te deje con vida.

—¿Cómo si quiero! Pues me gusta la....

—¡Silencio! ó te hago poner una mordaza. Por vida de....

No volví á abrir mi boca, y empecé á buscar á tientas un rincón donde pudiera estar al abrigo de las balas; no le encontré, porque no había en aquella maldita cueva el más pequeño ángulo entrante. Parecía un encierro penitenciario.

Oímos abrir la puerta, y por el temblor del techo y por el ruido de los tacones de las botas y de las culatas de las carabinas, conocimos que había entrado en la casa alguna partida de soldados. Según se vé, nos habían seguido muy de cerca.

Veinte personas estábamos escondidas en aquella cueva, y á pesar de eso había tal silencio, que se hubiera oído volar una mosca.

No sucedía así encima de nosotros: parecía que aquella casa había sido entregada al saqueo. ¡Qué gritar! ¡Qué votos! ¡Qué reniegos! capaces de espantar de allí á María Santísima. Dos ó tres veces oímos que los soldados entraron hasta el pequeño rincón donde estaba la leña que ocultaba la entrada de nuestro escondite, y nuestro silencio entonces se interrumpía únicamente por el pequeño ruido de las carabinas que algunos preparaban. Este ruido era apenas perceptible, señores; pues con todo eso me llegaba hasta el corazón.

Finalmente, al cabo de tres ó cuatro horas, toda aquella batahola cesó poco á poco, y se siguió un silencio profundo. Luego oímos que iban quitando los leños que cubrían la entrada de la cueva; por fin levantaron la trampa, y bajó nuestro huésped á decirnos que cansados de registrar y de buscarnos inútilmente por todas partes, los franceses se habían marchado, y ya podíamos salir con toda libertad.

Durante aquellos momentos en que los bandidos se habían acercado á la entrada de la cueva para hablar con el posadero, Zefirina, que se había quedado con un servidor de Vds. en lo más retirado de aquel sitio, se aproximó á mí con la mayor prontitud, y agarrándome la mano me dijo:

—Ya nos hemos salvado.

—¿Pues cómo? la pregunté yo.

—Ernesto nos sigue ya los pasos muy de cerca.

—¿Y quien es Ernesto?

—Un oficial de húsares, jóven, mi amante.

—¿Pero conozco yo á M. Ernesto?

—¡Bah! un arrogante mozo de veinte y cinco ó veinte y seis años, de la estatura de V. poco más ó menos, pero de muy buen cuerpo, mejor que el de usted.

—¡Ah! sí, sí, es el mismo; yo he hecho con él el viaje de Piombino á.... pero.... sí, sí, él me habló de V., ahora me acuerdo.

—¡Le ha hablado á V. de mí! ¡Ah mi querido Ernesto!

—Pero por fuerza es brujo para poder seguir así la pista de estos hombres.

—No, mi estimado M. Lonet, no es brujo, sino que en todas las posadas por donde pasamos le dejo escrito mi nombre y el del punto para donde salimos....

—¡Ah! ya entiendo ahora; para eso le hacía á usted falta mi solitario. Perdónese V. por las infundadas sospechas que yo había llegado á concebir. Por lo demás, debe señalar muy bien, porque es un diamante legítimo.

—¡Chit! calle V., están hablando de cosas importantes.

Se puso á escuchar un momento; pero como los ladrones hablaban en italiano, yo me quedé sin entenderles una sola palabra.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo Zefirina. Caprícola, Caprícola, acuérdesese V. de este nombre por si acaso se me olvida á mí. A Caprícola es adonde vamos á ir.

—¿Cómo! exclamé yo asustado, ¿todavía vamos mas allá?

—¡Ola! dijo Picard volviéndose hácia mí.

—Nada, nada, mi teniente; es que estaba con cuidado de si le había sucedido algo al violonchelo: no hay más que esto.

Zefirina se separó de mí con tal prontitud, y se escabulló entre los bandoleros, que cuando el capitán se volvió á mirarla, la encontró ya á su lado.

—¡Vamos allá, mi querida Rina! ya se han marchado esos demonios de franceses.

—¡Ah! ya respiro, dijo aquella jóven; ¿y se sabe hácia qué lado se han dirigido?

—Nuestro huésped dice que, según ha llegado á entender, la compañía de húsares de la gran duquesa que nos ha seguido, no puede pasar mas allá; pero que un oficial jóven que venia con ellos tiene la orden de perseguirnos por todas partes y de tomar tropas donde las encuentre.

—Y entonces, ¿qué es lo que hemos de hacer?

—Vamos á ponernos en camino otra vez.

—¿Pero así, á la luz del día?

—¡Oh! no tengas miedo; nosotros tenemos nuestros caminos particulares.

—Es que yo estoy de veras muy cansada.

—¡Vamos, ánimo, mi hermosa Rina! la travesía no es ya muy larga; lo más unas treinta y cinco leguas.

—¿Y llegaremos temprano por lo ménos?

—Mañana á la noche estaremos ya en completa seguridad.

—Pues entonces, echemos á andar.

—¡Andando! ¡Arriba! dijo el capitán.

—¿Y mi violonchelo? pregunté á Picard.

—No hay que tener cuidado, me respondió: el violon ha sido respetado.

—¡Ha sido respetado! ¡Gracias á Dios! Ya conocen Vds. que el violonchelo era toda mi salvaguardia.

Nos pusimos en marcha. El mismo posadero

quiso servirnos de guía, y no nos dejó hasta tanto que nos encontramos en un camino de los que llamaba el capitán de los suyos. Bien podía llamarse el camino del diablo.

Al medio día nos metimos en un bosque espesísimo; un bosque de facinerosos. Estoy bien seguro de que si no hubiéramos ido en tan buena compañía, sin remedio habríamos tenido algún encuentro de aquella especie. A las cuatro de la tarde llegamos á Caprárola.

Allí por lo ménos pasamos el resto de aquel día y su noche con tranquilidad; gracias á M. Ernesto, habíamos andado hasta aquel punto sin comer ni dormir. Por aquel momento parecía haber perdido nuestra huella, ó no tenía fuerzas suficientes para perseguirnos. La posada estaba muy mal provista de todo; pero acudieron á la aldea más próxima, que me parece la llamaron Ronciglione, y trajeron con qué disponer una comida bastante regular.

A las tres de la madrugada nos despertaron; pero como me acosté á las seis de la noche anterior, había salido por ocho ó nueve horas de sueño. Esta es mi cuenta, señores; cuando no duermo ese tiempo, me pongo malo irremisiblemente.

Aquel día fué muy corta la jornada. Serían las once de la mañana cuando pasamos un río por la barca, y despues nos detuvimos á almorzar en una posada, que oí llamar la posada de Barberini.

—Aquí, dijo el capitán, ya estamos en nuestra casa.

—¿Cómo! dijo Zefirina, ¿ya estamos en nuestra casa? ¿En esta infame posada? ¿Y dónde está aquel magnífico castillo de que me habías hablado?

—Quiero decir, que ya estamos en nuestras tierras, en Carinesna, y que desde aquí adelante puedes ya mandar como una reina verdadera.

—Pues entonces, mando y ordeno que se me deje sola en una pieza, porque no quiero presentarme á mis súbditos de.... ¿cómo se llama nuestro castillo?

—Anticoli.

—A mis súbditos de Anticoli en este traje, por que de seguro se iban á asustar.

—¿Civelta! dijo sonriéndose el capitán.

—Sí, si márchate, dentro de un cuarto de hora estaré ya dispuesta.

Zefirina nos hizo salir á todos y se encerró por dentro.

—¿Conque V., señor capitán, tiene un castillo?

—Algo hay de eso, me respondió.

—De V.

—¡Oh! no, mío no es; porque tú ya conoces que el gobierno se alarmaría si así fuese; pero un señor de Roma me lo tiene alquilado y yo le pago una pequeña renta. Aquel buen hombre tiene que vivir en la ciudad por su destino, y es preciso que de algun modo se utilice de su casa de campo.

—¿Conque es decir, que allí vamos á estar como el pez en el agua?

—No entiendo lo que quieres decir, respondió el capitán.

—Ya me hago cargo; el pez en el agua quiere decir, que allí estaremos á las mil maravillas.

—¡Eso es, exactamente, á las mil maravillas! alguna que otra vez acaso tendremos que andar á tiros; ¡pero cómo ha de ser! estos son los gajes del oficio.

—Yo no puedo menos de recordar á mi capitán que no estoy ajustado en su servidumbre más que para tocar el bajo.

—Pero entonces, ¿á qué venía ese afán de la escopeta y morral que antes me reclamabas como cosa tuya?

—Mia era efectivamente. A propósito de esto: en sus dominios de V., mi capitán, ¿hay mucha caza?

—Cuanta se quiera.

—¿Y de qué especie?

—De todas las que Dios crió.

—¿Se encuentran mirlos?

—¡Mirlos! á bandadas.

—¡Bagatela, mi capitán! yo me encargo todos los días del asado.

—¡Bueno! estamos corrientes; yo te daré tres ó cuatro de los de mi partida para que te sirvan de ojeadores, y tú cazarás cuanto te dé la gana.

—Mi capitán me había prometido también....

—¿El qué?

—Mis cien escudos.

—Es verdad. Picard, mandarás que entreguen sus cien escudos á este buen hombre.

—De veras, capitán, le dije yo entonces, que no alcanzo por qué os persiguen: es V. el más honrado y generoso de todos los bandidos que conozco.

—¡Eccomi! dijo Zefirina al entrar donde estábamos.

—¿Ya estás corriente? respondió el capitán.

—¡Bah! Yo despacho en un momento, y he tenido tiempo para hacer cuanto necesitaba.

—¡Bravo! Pues entonces, vamos á marchar.

—Por mí estamos corrientes.

El capitán abrió la ventana y gritó á su gente.

—¡Arriba! ¡Andando!

Zefirina aprovechó entonces un instante para mirarme con intencion y enseñarme el solitario, y conocí lo que había estado haciendo en aquel cuarto.

Salimos de la posada á las dos de la tarde, y á las cuatro llegamos á la orilla de un río no muy grande. El capitán llamó al barquero por su nombre, y este corrió hácia él con un interés y regocijo, que manifestaba haber reconocido por la voz á la persona que le había llamado.

Mientras que nosotros estábamos pasando, el barquero y el capitán se quedaron hablando en voz baja.

—¿Qué es eso! preguntó Zefirina con una inquietud muy bien fingida; ¿es que nuestro castillo no está ya en su mismo lugar?

—Al contrario, respondió el capitán; espero que antes de un cuarto de hora nos habremos ya instalado en él.

—¡Alabado sea Dios! dijo entonces Rina, ya lo deseaba, porque hace mucho tiempo que estamos andando por esos mundos de Dios.

VIII.

Nos metimos por una calle de álamos, y al concluir la encontramos las verjas de una magnífica casa de campo. El capitán tocó la campanilla, y al instante se presentó á abrirnos el conserje.

Apenas hubo reconocido al capitán, tocó aquel otra vez la campana de cierta manera, y acudieron volando cinco ó seis criados.

Parecía que se estaba deseando su venida, porque luego que fué reconocido, toda aquella turba se volvió loca de contento. El capitán recibió las demostraciones que se le hacían como homenaje que le era debido y al cual estaba acostumbrado.

—¡Bueno! ¡Bueno! les dijo: andad delante y alumbradnos.

Los criados obedecieron al instante. Uno de ellos quiso agarrar mi violonchelo, sin duda con la mejor intencion; pero como era un instrumento excelente yo no se le quise dejar. De aquí resultó una pequeña disputa, que acabó por un puñetazo que le sacudió Picard. Me quedé, pues, dueño de mi instrumento, que estaba resuelto á llevarme á Francia si algun dia llegaba á tener la dicha de volver á ella.

A cada uno se le condujo á cuarto separado, porque aquello era un palacio; un verdadero palacio, tal como lo habia dicho el capitán. El gabinete donde yo me hallaba tenia unos magníficos techos pintados al fresco. Es verdad que su única puerta comunicaba al gran salon, y que yo no podia entrar ni salir sin pasar por delante de cinco ó seis criados de aquellos, que á primera vista me parecieron bandidos como los otros, disfrazados de lacayos.

Ya pueden Vds. figurarse el estado en que yo me hallaria en punto á traje: así es que cuando iba á llamar para ver si me podian prestar alguna ropa, entró un criado con varias camisas, medias, zapatos, cinco ó seis pares de calzones, una multitud de casacas, y otra infinidad de levitas; rogándome que escogiera entre aquello cuanto me gustase ó estuviese arreglado á mi cuerpo: yo me horripilaba, señores, al considerar que toda aquella prenderia, sin duda alguna, habia venido á aquel paraje contra la voluntad de su dueño. Así es que me limité á tomar una levita, una casaca, dos pares de calzones y media docena de camisas. Nadie podia ser más prudente en semejante caso. Antes de marcharse, el criado me abrió un gabinetito más pequeño donde habia ya preparado un baño, y me dijo que se comeria *alli venti due*. Despues de muchas aclaraciones, ya llegué á entender que me queria decir que comeríamos de seis á siete de la tarde. Por entonces no pude llegar á comprender á qué venia al caso la cifra aquella de 22.

Segun Vds. ven, no podia perder mucho tiempo en vestirme. Por fortuna encontré en una mesa todo cuanto se necesitaba, y entre otras cosas unas primorosas navajas de afeitar inglesas, de que me he acordado muchas veces despues, porque no las he visto mejores en mi vida.

Apenas habia concluido de vestirme, sonó la campana que llamaba á comer. Di la última mano á mi peinado, y salí de mi cuarto echandola llave y metiéndola en mi bolsillo, para que no pudieran enredar con el violonchelo: á la puerta habia ya un criado que me esperaba para llevarme á la sala.

Habia en ella un caballero joven, una señorita y un oficial francés. Sospeche que me habia equivocado, y quise retirarme; pero al volver la espalda para seguir los pasos del criado, me dijo aquella señorita:

—¿Como es eso, mi estimado M. Lonet? ¿Que es lo que V. hace? ¿No quiere V. comer conmigo?

—Perdone V.: de veras que no la habia conocido.

—Si V. quiere, tampoco habria inconveniente en que le sirvieran la comida en su habitacion.

—¿Cómo! dije yo: ¿es V., capitán? no habia caido en ello.

—M. Lonet no querrá ciertamente hacernos el agravio de privarnos de su compañía, dijo tambien el oficial francés haciéndome una especie de reverencia ó de saludo.

Me volví hácia él para corresponder debidamente á su cumplido, y me encontré con el teniente

de la partida, con Picard. Allí habia habido una trasformacion completa, como la de la Cenicienta.

—Al suo commodo, dijo un lacayo abriendo las dos hojas de la puerta del comedor.

Yo pregunte al teniente: ¿qué es lo que quiere decir esto? sin indiscrecion, Sr. Picard.

—Esto quiere decir, mi estimado M. Lonet, que ya está servida la sopa.

El capitán dió la mano á Zefirina, y el teniente y yo seguimos detras. Entramos en un gran comedor muy bien iluminado, donde se veia una mesa servida con la mayor delicadeza y abundancia.

—Yo no sé si quedará V. contento de mi cocinero, mi estimado M. Lonet, me dijo el capitán tomando su silla y señalándome mi puesto. Es un cocinero francés que tiene bastante fama. Ya le he encargado para V. solo dos ó tres platos provenzales.

—¡Oh! la salsa de ajo es riquisima, dijo el oficial francés tomando un polvo de excelente tabaco en una caja de oro.

Señores, les digo á Vds. con verdad, que me parecia estar soñando. Acto continuo me sirvieron la sopa.

—¡Calle! no pude ménos de decir, así se hace en Marsella.

Así era en efecto, y me acuerdo que estaba perfectamente hecha.

—M. Lonet, me dijo el capitán: ¿ha reparado V. en el parque?

—Sí señor, le respondí; por la ventana de mi cuarto.

—Tiene fama de ser muy abundante en caza, y será preciso que lo vea V. mañana mismo; se ha encargado V. del asado.

—Y lo vuelvo á prometer, mi capitán: pero no puedo ménos de suplicarle que tenga bondad de mandar que se me devuelva mi escopeta. Estoy ya tan acostumbrado á ella: ¡qué quiere V.! yo no sé tirar bien con otra. (Continuará.)

CRONICA.

Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia la carta de nuestro querido amigo D. M. Ceferino Gonzalez que insertamos en nuestra seccion de *Correspondencia*. Hacemos nuestro cuanto en ella se dice, y repetimos lo que en otra ocasion hemos manifestado acerca de los polvos profilácticos contra la rabia, así como tambien sobre la eficacia para la picadura de animales venenosos de la *aristoloquia* ó viborera, que es uno de los componentes de aquellos.

Nosotros creemos cumplir con nuestro deber dando noticias en las columnas de LA CAZA de todos los remedios de que tengamos conocimiento, porque, en nuestro concepto, todo debe ser objeto de estudio; pero recomendamos de nuevo los polvos profilácticos, porque las investigaciones que hemos hecho y las noticias que tenemos de curaciones practicadas, nos han convencido de su bondad.

Con objeto de que no vuelva á ocurrir lo que hace poco sucedió á un amigo nuestro, que no

pudo recibir con la brevedad deseada un paquete de polvos que nos encargó (si bien el retraso no perjudicó al resultado satisfactorio del medicamento), el Sr. Rlegido, profesor farmacéutico de Orgaz, ha tenido la amabilidad de remitir al director de este periódico algunos paquetes, que enviaremos al momento, con la instrucción necesaria, á quien nos los pida, sin necesidad de recibir previamente su importe, que es de 20 reales paquete.

En los números siguientes pensamos dar alguna preferencia á la novelita de Dumas *La caza del mirlo*, y con especialidad á los originales que tenemos en nuestro poder sobre las exposiciones de Valencia y Paris, con objeto de terminar pronto su inserción, pues no queremos privarnos del espacio necesario para dar cuenta del movimiento cynegético en la próxima época de caza.

El norte de la Siberia y las islas de Lickow, no son, en gran parte, mas que una aglomeración de arena, hielo y dientes de elefantes. A cada tempestad el mar arroja sobre sus costas nuevos restos de esqueletos de mammoth, y los habitantes de ellas pueden hacer un comercio lucrativo del marfil arrojado por las olas. Durante el verano innumerables barcas de pescadores se dirigen hácia estas islas de huesos, y en el invierno inmensas caravanas toman el mismo camino. Los carros, arrastrados por perros, vuelven cargados de colmillos de mammoth, cada uno de los cuales pesa de 150 á 200 libras.

Los ingleses uncen hoy en la India el elefante al arado. De este hermoso animal guerrero han hecho un pacífico labrador. Se fabrican en Londres enormes y fuertísimos arados, dignos de este robusto paquidermo. El paquebot los conduce á través del Mediterráneo, istmo de Suez, Mar Rojo y Mar de las Indias. Todas las mañanas, al despuntar el día, coge el elefante á su amigo el *Cornac* (conductor) por la cintura, lo coloca sobre su cuello y sale al campo. Dos mozos de labranza sostienen los dos mangos del arado. Mientras que el sol está sobre el horizonte, el elefante anda, y al andar levanta detras de sus pasos una faja de tierra, ó más bien una larga colina: traza de esta manera un surco de metro y medio de ancho por un metro de profundidad.

El capitán Cadou, del brik francés *Serins*, ha dirigido al *Diario del Havre* la interesante nota que sigue:

«El 5 de Abril, estando en la bahía de Cádiz, un pez monstruoso se nos presentó á flor de agua; su gran tamaño no nos permitió tratar de pescarlo con ayuda de un anzuelo. Medía, en efecto, más

de tres metros de largo, y era grueso como una barrica.

Por fin un arpon bien arrojado lo hirió gravemente, y con ayuda de un lazo corredizo pudimos izarlo á bordo. Habiéndole abierto el vientre, nos encontramos, con gran sorpresa, con que tenía en él treinta y seis peces en pleno vigor, y de unos sesenta centímetros de longitud.

Este monstruo tenía dos ó tres chupones en los carrillos.

Tiene la piel azul, y es ovíparo como los tiburones, á cuya familia pertenece.»

De Real orden expedida por el ministerio de Hacienda, se ha dispuesto que se suprima la nota 16 del Arancel y la partida 133 del mismo, estableciéndose en su lugar las siguientes:

«Cebos ó cápsulas para armas de fuego permitidas, incluso el envase interior, 100 kilogramos, 75 escudos 350 milésimas en bandera nacional, y 90 escudos 250 milésimas en extranjera.

Cartuchos sin proyectil ó bala para armas de fuego permitidas del sistema Lefauchaux, y demás análogos incluso el empaque interior, 100 kilogramos, 36 escudos 416 milésimas en bandera nacional, y 43 escudos 613 milésimas en extranjera.

Cartuchos con proyectil ó bala para armas de fuego permitidas, del sistema Lefauchaux, y demás análogos incluso el empaque interior, 100 kilogramos, 28 escudos 916 milésimas en bandera nacional, y 34 escudos 660 milésimas en extranjera.»

Leemos en un periódico:

«En el *Times* del 24 de Abril hemos visto un comunicado de un médico inglés, en el cual se recomienda la cauterización con el nitrato de plata como un remedio preventivo y eficaz para evitar el desarrollo de la hidrofobia en las personas mordidas por animales atacados de este mal. El comunicante dice que habiéndose encontrado en una consulta con el distinguido veterinario mister Youalt para tratar á un niño cuyos lábios y lengua habia lamido un falderillo, Mr. Youalt propuso en seguida la cauterización de la boca con su sustancia favorita, manifestando despues de la operacion que, teniendo á su cargo el hospital de los perros de la capital, habia sido mordido hasta ocho veces por perros en observacion en los cuales se declaró la hidrofobia, por lo cual no habia pasado el menor cuidado, pues iba siempre provisto en estos casos del nitrato de plata. El veterinario inglés dijo que introduciendo el nitrato en la herida, esta sustancia descompone la saliva, y con ella el virus, siguiendo al veneno hasta á los mismos vasos capilares, en donde lo neutraliza. Recomendamos estos datos á los hombres científicos por si los creen dignos de sus observaciones y de su aplicación en una enfermedad de tan terribles consecuencias.»

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.